

Rosa Luxemburg

Dirigentes y dirigidos (1903)

Artículo publicado en la revista teórica socialdemócrata *Die Neue Zeit*, 22.1903-1904, con el título "Esperanzas decepcionadas" (*Geknickte Hoffnungen*)

Una vez más, la actitud de toda la prensa burguesa hacia lo que está sucediendo en nuestro partido demuestra la infalibilidad con la que en los partidos burgueses el instinto de clase se impone a todas sus superficiales diferencias. Una vez más están de acuerdo los nacional-liberales y el centro católico. Tanto Georg Oertel, que glorifica el látigo desde su revista *Deutsche Tageszeitung*, como las páginas del diario *Vossische Zeitung*, muestran su sensiblero júbilo por los infortunios de la socialdemocracia. Los unos muestran alegría al ver que los socialistas se desgarran entre sí; ¿acaso ellos no habían previsto siempre que la socialdemocracia, pese al fracaso de todos los unguentos preparados contra ella por la farmacología burguesa, terminaría "devorándose a sí misma"? Los otros se muestran satisfechos de las desventuras experimentadas por algunos "académicos, miembros del Partido Socialista, prueba definitiva" (según ellos) del "abismo que separa al hombre cultivado de la ciega masa" y de la imposibilidad de cruzar ese abismo sin "romperse el cuello". Y hay otros que no pueden contener su alegría porque, por fin, los socialistas ya no podrán mirar con soberbia al mundo burgués, ya que la corrupción se habría asentado entre los socialistas al igual que entre ellos.

Con una sola voz, repiten el estribillo: se ha acabado el halo, el resplandor fascinante que rodeaba al Partido Socialista. Acabado para siempre.

Esta jubilosa comedia está bien interpretada. Hasta el punto de que un diario de nuestro partido se ha dejado arrastrar por ella y, con un patético suspiro, se ha dedicado a implorar la regeneración del partido, aunque sólo fuera para no ofrecer al adversario semejantes satisfacciones.

Sin embargo, basta con no ser totalmente sordo para distinguir entre las notas de ese concierto estridente y ostensiblemente jubiloso otras notas de amarga decepción, de rabia contenida. Precisamente, la simpatía que la prensa burguesa prodiga constantemente a los dos o tres "hombres cultos" maltratados por una horda bárbara y estas indignadas invectivas contra la "masa ciega" que se atrevió "a rebelarse contra los académicos" muestran claramente cuál es la herida en la que el partido ha hurgado sin miedo.

Indudablemente, los círculos burgueses de hoy pueden considerar como una exageración ridícula y bárbara el escándalo suscitado entre los socialistas por "bagatelas" que en cualquier partido burgués habrían saldado con un encogimiento de hombros y una miradita al cielo. No cabe duda de que en ese entorno social resulta grotesco que un partido compuesto por tres millones de personas adultas se altere tanto por algunas "faltas de sinceridad", cuando éstas, en proporción a las mentiras que un conservador suelta en sólo uno de sus discursos electorales, viene a ser como la luz de una linterna de minero comparada con el sol de mediodía.

El conflicto con el revisionismo ha provocado que muchas personas nos hagan preguntas humillantes. No podemos negarlo, tenemos que admitirlo con profunda contrición. Así es: no estamos en la misma cómoda situación que los nacional-liberales o el centro, que los conservadores agrarios prusianos o los popular-liberales; para todos ellos la corrupción política y el arte de engañar a las masas son los fundamentos mismos de su existencia política, océano en el que las pequeñas infamias individuales desaparecen como una gota de agua.

Por otra parte, en la enorme ira de la burguesía se expresa un marcado instinto de clase. La insurgencia proletaria contra casos aislados de corrupción entre los "académicos" irrita mucho a los burgueses porque perciben en ella el aspecto más pernicioso, para ellos, del movimiento obrero

moderno, es decir, el cambio radical que la socialdemocracia aporta desde hace medio siglo en cuanto a las relaciones entre "masa" y "dirigentes".

Las palabras de Goethe sobre una "mayoría odiosa", compuesta por unos pocos cabecillas vigorosos, bastantes pícaros que se adaptan a ellos, unos cuantos débiles fácilmente asimilables y la masa que "trota tras todos ellos sin saber lo que quiere", son las mismas con las que los plumíferos burgueses querrían poder caracterizar a las masas socialistas pero que, en realidad, sólo son el esquema clásico de las "mayorías" en los partidos burgueses.

En todas las anteriores luchas de clases, que fueron conducidas en interés de algunas minorías y en las que, como decía Marx, "todo su desarrollo tuvo lugar en oposición a la gran masa del pueblo", una de las condiciones esenciales de la acción fue la inconsciencia de las masas en cuanto a los verdaderos objetivos, al contenido material y a los límites del movimiento. Esta discordancia fue, además, la base histórica específica de un "papel dirigente" de la burguesía "ilustrada", al que correspondía el seguidismo de la gente común.

Pero, como Marx ya escribió en 1845, "al aumentar la profundidad de la acción histórica aumentará también el número de personas comprometidas en esta acción". La lucha de clases del proletariado es "la más profunda de todas las acciones históricas que han tenido lugar hasta ahora", abarca a todos los estratos inferiores del pueblo y, desde que existe una sociedad dividida en clases, es la primera acción que corresponde a los intereses propios de la multitud.

Esta es la razón por la cual la inteligencia propia de "la masa" en cuanto a sus tareas y medios es una condición histórica indispensable para la acción socialista, así como su inconsciencia fue antes una condición para las acciones de las clases dominantes. Por ello, en la socialdemocracia ha sido abolida la oposición entre "dirigentes" y esa supuesta mayoría que "trota tras ellos", esa relación ha sido invertida. El

único papel de los pretendidos "dirigentes" de la socialdemocracia es informar a la multitud sobre su misión histórica. En la democracia socialista la autoridad e influencia de los "dirigentes" sólo crece en proporción al trabajo educativo que llevan a cabo. En otras palabras, su prestigio y su influencia sólo aumentan en la medida en que destruyen la ceguera masiva que hasta ahora ha sido la base de cualquier función dirigente; sólo aumentan en la medida en que se despojan de su calidad de líderes y contribuyen a que las propias masas sean las que dirigen y a que ellas mismas se constituyan en los órganos ejecutivos de su acción consciente.

La "dictadura" de un Bebel, es decir, su inmenso prestigio e influencia, se basa únicamente en el inmenso esfuerzo que ha hecho para que la masa sea políticamente importante. Y Bebel recoge hoy los frutos de este largo esfuerzo y si las masas le apoyan con entusiasmo es precisamente porque expresa la voluntad y el pensamiento de esas masas.

Sin duda, la adquisición por las masas de un "liderazgo" con confianza en sí mismas, consciente y lúcido, la fusión entre ciencia y clase trabajadora en que soñaba Lassalle, sólo puede ser un proceso dialéctico, ya que el movimiento obrero absorbe continuamente a nuevos proletarios, así como a transfugas de otros estratos sociales. Sin embargo, la tendencia dominante en el movimiento socialista es y seguirá siendo la abolición de los "dirigentes" y de las masas "dirigidas" en el sentido burgués, esto es, la abolición del fundamento histórico de toda dominación de clase.

Sin embargo, sería un insulto a las almas de los viejos paladines burgueses de la libertad intentar asimilarlos a los "líderes" de los actuales partidos burgueses.

El desarrollo de la socialdemocracia también ha tenido profundas repercusiones en las relaciones entre masas y dirigentes más allá de la lucha de clases proletaria, incluso en los propios círculos burgueses. El movimiento de clase de la burguesía ascendente

se basó no sólo en la inconsciencia de las masas populares en cuanto a los objetivos de la acción emprendida, sino también, en gran medida, en la confusión de los propios jefes. Ahora, cuando los verdaderos intereses de las masas han quedado al descubierto, la burguesía sólo puede retener los votos del pueblo si oculta deliberadamente sus propias aspiraciones de clase y manipula los intereses de las personas que se oponen a ella. Los tribunos de las revoluciones burguesas de antes eran líderes populares en virtud de una auto-ilusión histórica. Los actuales Karl Bachem (líder del católico Partido del Centro), Ernst Bassermann (líder de los nacional-liberales) o Eugene Richter (líder del Partido Popular Liberal), cuyos plumíferos mercenarios no dejan de tronar contra la "dictadura" de Bebel, sólo son representantes del pueblo por medio de una estafa política.

Una prueba entridente del cambio producido en sólo medio siglo, tanto en el panorama histórico como en el talante de estos caballeros, reside en el hecho de que, entre todos estos partidos fundados en la mistificación metódica de las masas, los liberales superan a los demás por la vehemencia de sus diatribas contra la "masa ciega" del partido socialista y contra la rebelión de las "manos callosas" contra el "Espíritu Santo de la Educación Superior".

Anteriormente, el hegeliano Bruno Bauer, tras haber roto con el movimiento radical en 1840, sostenía, contra los "portavoces liberales de la masa popular" que el "verdadero enemigo del espíritu" sólo residía en "la masa". Los "voceros del liberalismo" de la época no veían al "verdadero enemigo del espíritu" en "la masa" que tomaba en serio su fraseología liberal, sino en el reaccionario Estado prusiano. Hoy, tras largo tiempo aliados a la reacción prusiana contra el pueblo, los "portavoces del liberalismo" ven al "verdadero enemigo del espíritu" en esa masa que se ha alejado de ellos con desprecio y que lleva por su cuenta la lucha contra la reacción prusiana y contra el liberalismo burgués.

¡Las uvas están verdes! Desde que la burguesía fue abandonada por sus votantes de las clases populares, que pasaban a colocarse -cada día en mayor número- bajo la bandera del socialismo, esa burguesía sólo alimentaba la esperanza de que, con la mediación del revisionismo, la clase obrera socialista vuelva a los caminos trillados de la política burguesa, para así romper la espina dorsal de la lucha de clases y tomarse una débil revancha por las derrotas sufridas por la burguesía en el escenario histórico.

Mientras la burguesía mantuvo esa esperanza, pensó también que la masa socialista era susceptible de adquirir cierta "cultura" y cierta "educación", transformándose gradualmente en una fuerza "civilizada". Pero resulta ahora que esa masa, a ojos de esa burguesía, ha demostrado ser salvaje y brutal hasta el punto de hacer una tortilla con los huevos puestos con tanta precaución por el cuco burgués en el nido socialista. ¡Sin duda!, dicen, ese desafortunado "rebaño ciego" se ha dejado manipular por sus líderes y dictadores para cometer ese acto indigno de seres civilizados.

Algo de comedia hay sin duda en esta imagen, pero admitimos con gusto que el dolor experimentado por los "cazadores cazados" tiene esta vez razones particularmente serias. Aunque los congresos precedentes sólo condenaron algunas pocas manifestaciones aisladas del revisionismo práctico y teórico, desde el Congreso de Dresde de 1903 hasta ahora el partido no sólo ha repetido y reforzado las críticas anteriores, sino que ha puesto en el banquillo a otro de los aspectos del revisionismo, examinando su moralidad política y los vínculos personales con ciertos círculos burgueses que derivaron de esta moralidad.

Podría ser que el artículo sobre la "moralidad partidaria", publicado por Georg Bernhard en la revista *Die Zukunft* editada por Maximilian Harden, sea resultado de circunstancias fortuitas y que no caracterice la conducta real de todos los camaradas revisionistas. Pero quien haya reflexionado

sobre los acontecimientos de los últimos días no puede evitar encontrar en este artículo la expresión adecuada de la moralidad del revisionismo, ya que corresponde a sus ideas con una lógica irresistible. En ese artículo se considera que la multitud es como un niño educado a quien no se le puede contar todo y al que hay que ocultar la verdad en su propio interés, mientras que los "jefes", estadistas consumados, amasan esa suave arcilla para erigir el templo del futuro de acuerdo con sus propios grandes proyectos. Esta es la ética de los partidos burgueses, así como del socialismo reformista, por diferentes que puedan ser sus intenciones.

La aplicación práctica de esta forma de considerar las relaciones entre masas y "líderes" nos la han ofrecido el "jauresismo" en Francia y las fantasías de la facción Turati en Italia (*nt1*).

Las "federaciones" autónomas y heterogéneas del partido jauresista o la moción de Turati en el congreso de Imola, proponiendo abolir el comité central del partido, no significan otra cosa que la disolución de una base del partido fuertemente organizada, para que, perdiendo su potencia directiva autónoma, se transforme en instrumento dócil de los parlamentarios y se degrade al estado de "masa ciega" que "trota tras el líder", sin saber lo que quiere, o que, en caso de saberlo, no disponga de fuerza para hacerlo triunfar, como ocurrió en el congreso de Burdeos [abril 1903].

Los diputados jauresistas tienden incluso a emanciparse del control y la influencia de las organizaciones del partido, a las que deben sus escaños en el parlamento, apelando a un supuesto electorado amorfo y desorganizado. Estas condiciones de organización de las relaciones entre base y líderes son las que defiende el artículo publicado en *Zukunft*, como necesidad psicológica y norma para cualquier movimiento popular.

El proyecto de indiferenciación en la base entre la élite de proletarios conscientes del objetivo y la base popular desorganizada va

de la mano, en la cúpula, de la supresión de los tabiques que deben separar a los "dirigentes" del partido y al entorno burgués, fomentando así el acercamiento entre parlamentarios socialistas y burgueses letrados en el ámbito de las "humanidades".

Bajo los auspicios de lo que ellos denominan "cultura" o "humanidades", estos diputados socialdemócratas se reunían en agradables veladas invernales con periodistas burgueses para distraerse un poco de los "problemas profesionales" y de la "vulgaridad del juego político". Si en Atenas se reunían en torno a Pericles todos aquellos que eran considerados eminentes en política, artes, filosofía o literatura para alzarse, en perfecta libertad de espíritu, hasta las cimas supremas del pensamiento y de los sentimientos refinados, en una taberna de Berlín los hombres de Estado de la socialdemocracia se mezclan con damas elegantes y novelistas espirituales en torno a ese moderno Pericles que es Maximilian Harden. Durante unas horas exquisitas, olvidan la bárbara contienda de la lucha de clases y el fuerte aroma de la plebe, cruzándose palabras sutiles sobre los hechos del día y las obras de arte. Las cabezas no estaban coronadas con coronas de rosas y los vinos de Samos y Mitilene habían sido reemplazados por la vulgar cerveza de Munich, pero el verdadero espíritu de la antigua amistad y de la cultura más refinada también flotaba allí, como un ligero halo de luz alrededor de ese cenáculo elegido, en el que, con una tolerancia que sólo las mentes superiores saben gustar y practicar, se confiaban mutuamente opiniones muy independientes y, a veces, también informaciones detectivescas sobre camaradas inoportunos. "Todo sucedía como es costumbre entre las personas ilustradas", ha declarado el camarada Wolfgang Heine.

Y entonces aparece el áspero puño proletario, carente de comprensión hacia la cultura refinada y la era periclesiana, para romper brutalmente todos esos "tiernos vínculos de sublime humanidad".

Los portadores de las pequeñas antenas que

la sociedad burguesa había incrustado en el mismo corazón de nuestro partido se han visto obligados a retirarse a toda prisa, quejumbrosamente ofendidos y horrorizados. El eminente economista Ignaz Jastrow hace de ello una enfermedad, desde el diario *Vossische Zeitung* aullan, los liberales al servicio del publicista Rudolf Mosse profieren oleadas de injurias; esas son sus diversas maneras de confesar la pérdida de preciadas esperanzas. La niebla revisionista se ha disipado y ante los ojos de la burguesía, llena de rencor y odio, se eleva, tan inexpugnable y tan sólida como antes, la roca abrupta de los bastiones proletarios. El abismo se ha abierto de nuevo entre ellos y el mundo burgués, y en lugar de la penetración pacífica esperada por los conductores de una pérvida política éstos se encuentran ante la necesidad de pensar en un asalto azaroso y peligroso.

Ha quedado clara la conexión entre los "acontecimientos morales" de los últimos días y los métodos del reformismo. El alegre ir y venir a través del foso que separa el campo del proletariado del de sus enemigos, el amable comercio establecido por la "crítica libre", los "libres desahogos" y la "libre colaboración" de los revisionistas en la prensa burguesa prepararon el terreno del que ha surgido, junto a otros curiosos sarpullidos, la conspiración contra Franz Mehring. Se había establecido un flujo intelectual entre la socialdemocracia y el mundo burgués, y los jugos venenosos de la descomposición burguesa podían penetrar libremente en la circulación del cuerpo del partido proletario.

De aquí aquellas lágrimas. De aquí provienen las contorsiones de la prensa burguesa, que predice que de ahora en adelante la socialdemocracia verá cortada la afluencia de simpatías "académicas" e "ilustradas". Un periódico liberal espera que el camarada y ex-pastor protestante Paul Göhre entienda ahora, una vez forzado a dimitir como diputado, "el error que cometió" al adherirse a la socialdemocracia.

Obviamente, la generosa mentalidad de los

liberales entiende que uno puede "confundirse" al adherirse al socialismo, como uno se equivoca en la Bolsa de Valores al especular con café en vez de hacerlo con algodón. Estas personas ni siquiera sospechan que al actuar así confiesan su costumbre de equipar política y prostitución.

Pero si los "académicos" que vinieron a la socialdemocracia con esa mentalidad decidieran dejar nuestras filas, podríamos ver con toda tranquilidad cómo se unen a las sirenas liberales. Que se unan los que se asemejan. Sólo temeríamos que al querer aprovechar los saldos de liquidación de la "casa rival", el pobre partido liberal no logre hacer buenos negocios, ya que sería sorprendente que los "académicos" dotados del espíritu práctico que nuestro liberal les supone fueran a sumarse a un partido en bancarrota.

Al parecer, a los Junkers [antigua nobleza terrateniente prusiana] les preocupa que ya no podamos cumplir nuestra misión intelectual, una vez que las "manos callosas" se han "alzado contra los académicos", pero podemos asegurar a estos terratenientes amantes de la cultura que, pronto, la acción del socialismo para salvar a la civilización de las garras feudales prusianas se desplegará con mayor vigor precisamente por haber liquidado al revisionismo. Porque la conexión íntima del movimiento socialista con el impulso intelectual no se realiza gracias a desertores que nos llegan de la burguesía, sino gracias a la promoción de la propia masa proletaria. Esta conexión no se basa en ninguna afinidad de nuestro movimiento con la sociedad burguesa, sino en su oposición a esta sociedad. Su razón de ser y su objetivo final es el socialismo, la restauración de todos los valores de la civilización para la totalidad de la raza humana. Y cuanto más aumenta el carácter proletario de la socialdemocracia, más probable es que la civilización alemana se salve de la presión agobiante de sus fanáticos feudales y que la propia Alemania escape de la inmovilización, al estilo chino, en que quieren mantenerla los conservadores.

Por el momento lo más urgente es la depuración del partido. Es necesario poner fin a los fenómenos de descomposición que se han manifestado durante el último lustro. Porque, "con la profundidad" de esta "acción histórica" - y en cierto sentido, esta es una acción histórica - veremos crecer el "volumen de la masa" que nos seguirá con confianza porque sólo en nuestro bando se lucha por los intereses reales de la clase trabajadora bajo una bandera sin tacha.

Notas de traducción

nt1. Jaurès y Turati defendieron un socialismo humanista, reformista y gradualista, sin embargo a la vista de su vida ejemplar no es posible confundirlos con quienes sin convicciones se acomodan al calor de los privilegios del sistema capitalista. Jaurès fue asesinado tres días después del comienzo de la I Guerra Mundial por su firme oposición a ésta, como lo sería Rosa Luxemburg en 1919; por el contrario, su rival en el socialismo francés desde una "ortodoxia revolucionaria", Jules Guesde, fue ferviente partidario de la "unión nacional" probélica y participó del gobierno formado para dirigirla. Turati, socialista italiano reformista muerto en el exilio en 1932, mantuvo una continuada actividad antifascista, a la vez que mantuvo una tenaz oposición al régimen establecido en la URSS.